



DAVID ZURDO
ÁNGEL GUTIÉRREZ

EL
MENSAJERO
DE LAS
SOMBRAS

Viene en busca de nuestras peores pesadillas...
y las hará realidad

minotauro

DAVID ZURDO
ÁNGEL GUTIÉRREZ

El mensajero de las sombras

minotauro

Montañas de León, 1257

Reza y trabaja. Fray Alonso recordó las palabras de san Benito, el fundador de su orden. Esas palabras marcaban la vida en el monasterio que era su hogar. Los dientes le castañeteaban y el viento gélido arrancaba lágrimas de sus ojos, pero el frío de aquel crudo invierno no conseguía apagar la sonrisa de su rostro.

Estaba encaramado en lo alto del campanario. Subía allí todas las tardes después del oficio de vísperas. Era el momento que más apreciaba del día, cuando daba gracias a Dios por haber vivido una jornada más mientras veía el sol ponerse.

El viento se colaba por las múltiples aberturas del campanario, como si tratara de ponerse a cubierto. Agitaba las toscas ropas del monje, quizá buscando dentro de ellas un poco de calor. La nieve caída durante los últimos días se agolpaba al pie de la muralla que protegía el monasterio. El cielo tenía el mismo color gris, casi negro, que las piedras del campanario. La luz del sol se desvanecía por momentos.

Un repentino fulgor llamó su atención. Iluminó la capa de nubes antes de atravesarla. Había visto muchas estrellas fugaces, como las llamaban algunos, pero nunca siendo aún de día y nunca una como ésa. Fray Alonso se limpió las lágrimas del frío con un gesto rápido para observarla mejor.

El fulgor se hacía cada vez más grande.

A fray Alonso le vino a la memoria el nacimiento de Cristo, en Belén. Su sonrisa se acentuó al imaginarse a los Magos de Oriente contemplando sobre el pesebre una estrella igual. Se volvió hacia el claustro, dentro de las murallas, y gritó:

—¡Hermanos, mirad al cielo!

Nadie respondió de inmediato, hasta que el prior surgió por una de las galerías. Clavó la mirada en el campanario, con los brazos en jarras y un gesto contrariado. No debía perturbarse la paz de la abadía, y menos aún a voz en grito. Fray Alonso lo sabía. Y también que un monje sólo debía hablar cuando era estrictamente necesario, pero aquel prodigio...

—¡Allí! —exclamó, señalando con el brazo extendido.

Él mismo se volvió hacia el punto que indicaba. Lo que vio hizo vacilar su sonrisa. La estrella brillante se había convertido en una bola de fuego que dejaba un rastro luminoso.

Sacó medio cuerpo fuera del campanario. Sentía una mezcla de miedo y asombro que pareció contagiarse a sus hermanos del claustro. A su espalda se oía un murmullo creciente. Lo silenció una especie de bramido que empezó a notarse en la quietud del atardecer. Salía de aquello, fuera lo que fuese.

La bola de fuego iba directamente hacia él, pero el monje se mantuvo en su lugar, maravillado por ese fuego que caía del cielo, como el Espíritu Santo cayó sobre los apóstoles.

—Santa María, madre de Dios... —susurró.

Más cerca.

Creyó distinguir algo sólido en medio del fulgor rojizo, un objeto tan negro como la sombra más profunda. Empezó a echarse hacia atrás, por puro instinto de protección.

—Santa María, madre de... ¡DIOOOOS!

Su grito se fundió con el bramido de la bola de fuego. Pasó justo por encima, y le hizo encogerse en el suelo como

un ovillo. El aire a su alrededor se volvió más leve por un instante. Luego se llenó de un olor acre y sulfuroso.

Corrió con torpeza hacia el lado opuesto del campanario. Llegaban gritos de pánico provenientes del claustro. Sólo los hermanos con más presencia de ánimo se mantuvieron firmes y siguieron con la mirada el rastro de fuego que hendía el cielo. Otros muchos se habían cobijado en las galerías.

Fray Alonso se lanzó escaleras abajo, atravesó corriendo el patio y se encaminó como alma que lleva el Diablo hacia la salida oeste del monasterio.

Estaba jadeando cuando llegó al exterior de las murallas. Siguió con atención la trayectoria del halo refulgente, hasta verlo chocar contra una ladera. El impacto levantó allí una nube de nieve y arrancó de cuajo una hilera de árboles. Un crujido como de huesos partiéndose resonó a lo largo del valle. Tenía que verlo con sus propios ojos... Ya no era un muchacho, pero seguía teniendo una profunda curiosidad por todo, casi como un crío. A veces se quedaba medio ensimismado, cavilando sobre los misterios del mundo y la vida, que le parecían numerosos, y algunos hasta insondables. Eso le había hecho ganarse muchas reprimendas del prior, pues un monje no debía hacerse demasiadas preguntas, sino limitarse a tener fe, orar y trabajar. «Esa cabeza tuya está llena de pájaros», le había dicho el prior en más de una ocasión, sin que eso hubiera logrado domar su ávida curiosidad.

Fray Alonso volvió al patio del monasterio. El corazón le latía con fuerza dentro del pecho al entrar en el establo. Los animales lo miraron con expresión bobalicona, incapaces de entender la excitación que encendía sus mejillas. Ensilló a toda prisa el caballo del abad y se montó encima de un salto. Era el más rápido y fuerte de todos. Le acarrearía un castigo severo cogerlo sin avisar, pero ese objeto negro envuelto en llamas, caído del cielo, simplemente era demasiado extraño y

fascinante para dejarlo pasar. Sabía que jamás le darían permiso para ir tras él y averiguar qué era.

Debía darse prisa. Pronto se haría de noche y no conseguiría ver a más de un palmo de distancia. Unos gruesos copos de nieve se precipitaban desde el cielo encapotado, flotando entre una bruma que se hacía cada vez más densa. Había albergado la remota esperanza de que nadie se percatara de su salida, pero se desvaneció al toparse con el grupo de monjes que había aparecido entretanto en el patio. Su gesto no era muy distinto del de los animales del establo. Excepto el del abad, que estaba entre ellos. Había ira en el suyo. Fray Alonso pasó a su lado espoleando al caballo y se limitó a decirle:

—¡Perdonadme!

Enfiló el camino que descendía hacia el fondo del valle y la aldea más próxima. Era una lengua de tierra zigzagueante y estrecha, pero fray Alonso no redujo la velocidad de su montura. Pasado un repecho, surgió de pronto la silueta de una mujer. Fray Alonso tiró de las riendas con todas sus fuerzas para no arrollarla, haciendo que el animal se encabritara y estuviera a punto de lanzarlo al suelo. La joven clavó en él unos enormes ojos verdes. Tenía el cabello al descubierto, salpicado de copos blancos. Era rizado y negro como el pecado.

«Miriam, la judía», pensó el monje. Ella también lo reconoció a él. Era de los pocos en la comarca que no la trataban con desprecio o temor. Recogió unas hierbas que había dejado caer y luego se apartó a un lado para abrirlle paso. Ya le había dado la espalda cuando la joven dijo casi en un susurro:

—No vayas a buscarlo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del monje de arriba abajo. Miró hacia atrás, pero Miriam seguía su camino como si nada hubiera ocurrido ni nunca le hubiera hablado. Dudó

por un instante si seguir o no aquel consejo. ¿Qué podría saber ella que no supiera él? Había oído muchas historias sobre la joven. Contaban que hacía pócimas con hierbas como las que había recogido hacía un momento del suelo. Más de uno en la aldea pensaba que era una hechicera, una novia de Satanás. Fray Alonso miró hacia arriba. La nevada se hacía más intensa y la luz menguaba a cada momento. Tomó su decisión.

—¡Arre! —le dijo al caballo, clavando los talones en sus costados.

Atravesó las calles de la aldea a toda velocidad, con el frío mordiéndole el rostro. Volvió a sentir un estremecimiento cuando dejó atrás las últimas casas.

«No vayas a buscarlo.»

Enfrente se extendía una inmensa blancura desolada, llena de sombras crecientes. Siguió al galope hasta que tuvo que salirse del camino. La bola de fuego había chocado contra la ladera a su izquierda, mientras que el camino se desviaba hacia el lado contrario.

El caballo se resistió a subir por la abrupta pendiente, llena de rocas sueltas y traicioneras, ocultas bajo la capa de nieve. Fray Alonso lo espoleó sin miramientos, y el animal comenzó a escalarla con un relincho de queja.

Se alzó sobre los estribos intentando localizar los destrozos del impacto. El paisaje le parecía igual mirara donde mirase, y sólo tenía una idea vaga del lugar en que podría haberse despeñado lo que había caído del cielo. Recordó el objeto negro que había distinguido en mitad del fuego que lo envolvía. ¿Qué podría ser? Arreó de nuevo al caballo, ansioso por encontrar la respuesta. Sin saber hacia dónde ir, dejó que la Providencia y su montura decidieran el camino ladera arriba.

El monje se alzaba una y otra vez en busca de los destrozos, como si levantarse tres palmos sobre los estribos le diera

la vista de pájaro que desearía para poder encontrarlos. Ya no le faltaba mucho para alcanzar la cumbre. Tenían que estar cerca... Entonces divisó un amasijo de ramas y troncos partidos, semejantes a una herida alargada en la ladera, aún no cubierta del todo por la nieve.

—¡Allí! —exclamó con entusiasmo.

Conforme se acercaba, el entusiasmo fue dando paso al desasosiego. Se dijo que la culpa de ello la tenían las palabras de Miriam. Había notado en ellas algo extraño. ¿Temor, quizá? Era difícil no contagiarse un poco de él viendo los restos ennegrecidos y siniestros de esos árboles mutilados.

Desmontó y ató el caballo a uno de ellos. Tenía el hábito empapado y tiritaba de frío, pero no iba a volverse atrás cuando estaba tan cerca. Hay pocas emociones tan humanas como la curiosidad.

Siguió a pie la especie de sendero que marcaban los destrozados. El caballo relinchó a su espalda. Parecía inquieto y trataba de soltarse. Quizá fuera sólo porque estaba agotado y el tiempo empeoraba. O quizá por otra razón... Fray Alonso sintió un vacío repentino en el estómago al ver una forma oscura entre las ramas calcinadas. Lo sorprendió que algo tan pequeño pudiera haber causado tantos estragos. Era un cubo de sólo un palmo y medio. Negro. Negro como nada que hubiera visto jamás.

Tomó aire, igual que si pretendiera sumergirse bajo el agua, y recorrió los pasos que lo separaban del objeto. Se agachó sin pensárselo dos veces para adelantarse a sus crecientes temores y lo agarró entre las manos. Casi esperó quemárselas nada más tocarlo, o algo peor. En verdad sintió una especie de quemazón, pero fría como el hielo. Nada extraño, si se detenía a pensarlo cabalmente. Todo estaba helado aquel día, incluido él mismo. Depositó el cubo en el suelo y esta vez usó los bajos de sus hábitos para agarrarlo.

Más tranquilo, se dirigió de vuelta hacia el caballo, que no compartía la recuperada calma del monje. Sus relinchos se volvían más fuertes, más desesperados, al ir acercándosele.

—Maldito animal... —musitó entre dientes, con una saña impropia de él. Estaba asustándolo de nuevo.

Tiró de las riendas con firmeza y le ordenó:

—¡Quieto!

El pobre animal obedeció el tiempo suficiente para que su jinete metiera el cubo en una alforja y se montara encima. Después enloqueció de repente y se lanzó al galope ladera abajo. Los relinchos sonaban ahora como aullidos. Las riendas se le escaparon de las manos a fray Alonso, que se aferró como pudo al cuello de la bestia. Sus ojos desencajados estaban a un palmo de los del monje. El vaho ardiente del caballo le golpeaba el rostro.

—¡PARA!

Se estiró para recuperar las riendas. El suelo pasaba por debajo a una velocidad vertiginosa. No debería haber apartado la vista hacia él y dejado de mirar al frente...

Los cascos del caballo resbalaron en las piedras sueltas, y el choque fue terrible. Fray Alonso oyó un sonido de carne rasgada y huesos machacados. Algo afilado le hizo un corte en la pierna y el muslo justo antes de salir lanzado por los aires. Cayó de espaldas sobre la nieve, pero no había tanta como para amortiguar el golpe. Sintió las piedras clavarse en su columna vertebral. Luego un dolor atroz, inimaginable. Y después nada, nada en absoluto.

Intentó moverse pero su cuerpo no lo obedecía, muerto de cintura para abajo. Giró la cabeza hacia el animal. Se retorció en un charco de sangre, ensartado en uno de los troncos partidos. Sus lamentos eran desgarradores. Fray Alonso no pudo contener las lágrimas, porque sólo él tenía la culpa.

Los estertores del caballo se prolongaron durante lo que

pareció una eternidad. Dio gracias a Dios cuando su agonía cesó por fin y el silencio se hizo otra vez dueño del valle.

Él también iba a morir. Seguía sin poder mover las piernas y no tenía fuerzas ni para arrastrarse. Cerró los ojos y dirigió una plegaria por su propia alma al cielo, que ya no veía.

Tampoco vio las figuras de quienes se le acercaban...

Miriam se ocultó al oír que alguien ascendía por el camino. Eran cuatro monjes, todos a caballo y con el prior a la cabeza, quien, entre los brazos, sujetaba como podía a fray Alonso, el joven con el que ella se había cruzado cuando la estrella cayó del cielo.

Escudriñando a través de las hojas de un arbusto, distinguió su rostro, pálido como el de un muerto y cruzado por una expresión que no supo descifrar. Era de dolor, pero no sólo. Algo malo debía de haberle ocurrido si no conseguía mantenerse por sí mismo encima del caballo. Otro de los monjes tenía sobre el suyo una silla y unas alforjas ajenas. Supuso que eran las de la montura de fray Alonso, que parecía haber corrido incluso peor suerte que él.

Todos miraban con preocupación a su hermano mientras recorrían el último trecho hasta las puertas de la abadía. Miriam esperó pacientemente, sin salir de su escondrijo hasta un tiempo después de que las atravesaran. La vida le había enseñado a ser cautelosa, y ese día debía serlo de una forma especial.

No tomó el camino que llevaba a la aldea, sus planes eran otros. Se adentró entre la vegetación, confundiéndose con ella en la noche. Descendió por la ladera, campo a través, hasta llegar a una pared de roca gris que la cortaba abruptamente, igual en apariencia a cualquier otra de esa región montañosa. Pero ésta ocultaba un secreto. Uno que sólo ella conocía...

Miriam había regresado a su humilde vivienda. Ahora se debatía en sueños en el camastro. Su pelo rizado estaba empapado de sudor a pesar de la noche gélida. Se le enroscaba alrededor del cuello como serpientes negras tratando de estrangularla.

—No, no, ¡NOOOOOO!

Se incorporó de forma brusca, con los ojos muy abiertos, casi enloquecidos de pánico, pero el terrible mal sueño no la dejaba escapar. Por un momento vio en la pared desnuda la misma sombra maldita que la acosaba dentro de ellos.

Salió de la cama para agazaparse en una esquina. Se abrazó a sus propias piernas, pegadas al pecho, que subía y bajaba a un ritmo frenético. Agarró con ambas manos el medallón que siempre llevaba al cuello. Se lo había regalado su madre. Era su amuleto. Sin soltarlo, clavó la mirada en el saco que estaba al otro lado de la habitación. Lo había puesto lo más lejos posible de ella, pero verlo le hizo sentir aun así un profundo escalofrío.

Por la única ventana entraba el fulgor de la luna. Miriam se arrastró hasta el torcido recuadro de luz que dibujaba en el suelo. El resto era oscuridad.

Alzó los ojos para mirar a través de la ventana. La noche era hermosa. Los nubarrones se habían disipado y el cielo estaba plagado de estrellas brillantes. Pero Miriam no les prestó atención. Contemplaba las murallas de la abadía. Allí. Allí es donde todo iba a empezar.